

Exponiendo hombría. Los circuitos de la hipermasculinidad en la configuración de prácticas sexistas entre varones jóvenes

El presente artículo aporta un modelo analítico-conceptual para pensar algunas de las expresiones de la hombría entre jóvenes adolescentes y sus consecuencias para las relaciones de estos varones con sus grupos de pares.

A partir del repaso de algunas aportaciones en torno a la configuración identitaria de la hombría se puede entender el espacio relacional y las dinámicas de presentación compulsiva (Kimmel, 1994; Connell, 2000) en la que se resuelve la virilidad en entornos modernos -especialmente en su momento de estabilización en la crisis identitaria adolescente (Erikson, 1974)-.

Es necesario, además, considerar el cambio que se está produciendo en los modelos culturales de la masculinidad heterosexual actualmente y que es posible resumir en el paso de una masculinidad del honor a otra del orgullo (García, 2009).

En este sentido, recuperar el concepto de hipermasculinidad en clave sociológica (Gray, 1995) puede resultar un ejercicio fértil ya que desde él es posible construir un nodo desde el que pensar las consecuencias de un modelo de (des)identificación de esta naturaleza a día de hoy.

Desde estos elementos, tanto la mayor propensión masculina a la asunción de riesgos (reconocible en varones adolescentes) como el abanico de actitudes sexistas que se reportan en los estudios etnográficos de centros educativos (acoso escolar, homofobia...) pueden explicarse como efectos de esta lógica identitaria que exige la exposición continua de pruebas de la adecuación de la propia masculinidad y que termina por estabilizar una dinámica de la exaltación en torno a la virilidad.

Palabras clave: masculinidades, género, juventud, hipermasculinidad

En un trabajo reciente sobre las relaciones entre varones y mujeres en nuestro país, Marina Subirats y Manuel Castells (2007) reflexionan sobre los efectos que sigue teniendo el género en nuestras subjetividades y, así, en nuestras vidas cotidianas. Subirats se centra en las masculinidades y en cómo los varones se encuentran presos de un modelo que, aunque *obsoleto*, sigue activo. El argumento central de Subirats es que muchos de los valores y sentidos que se asocian con una correcta virilidad no son congruentes con sociedades como la nuestra, sociedades en las

que tanto el interés social por la consecución del principio de igualdad como las transformaciones en las condiciones y modos de vida han revuelto por completo las relaciones e identidades de género. Añade que las consecuencias de que perviva este modelo de masculinidad *obsoleto* no sólo inciden en las relaciones de desigualdad con las mujeres, sino que también los varones son presas de este modelo. En tanto que les exige alinearse y medirse por medio de una serie de valores que precian la competitividad y la asunción de riesgos, los varones asumen unos niveles de estrés e inseguridad que pueden explicar, entre otras cosas, la abismal diferencia entre las esperanzas de vida de varones y mujeres. Dicho más claro, los varones viven menos y son víctimas de un mayor número de muertes accidentales por intentar ajustarse al modelo de masculinidad tradicional.

Si el dato ya resulta sorprendente por sí mismo, cuando se intenta rastrear teniendo en cuenta la edad, llega a ser escandaloso. De media, la probabilidad o riesgo de muerte masculina dobla la femenina; pero en las cohortes jóvenes, entre el comienzo de la adolescencia en torno a los catorce años y la entrada a la vida adulta alrededor de la treintena, la tasa masculina triplica y llega a cuadruplicar la femenina. En el Gráfico 1 se recoge esta tasa de probabilidad o riesgo de muerte sobre datos referidos a España para 2007. La línea expresa la tasa masculina tomando la femenina como la norma, es decir, la femenina se iguala a uno para cada edad y el gráfico recoge los valores para los varones en relación a ella. Así podemos apreciar como a lo largo del ciclo vital, quitando algunos puntos en los primeros y últimos años de vida, la probabilidad masculina es superior a la femenina. Pero lo absolutamente abrumador es el peso que adopta esa diferencia en algunos momentos del ciclo vital. Entre los quince y los treinta años el gráfico muestra un escarpado pico que sitúa la probabilidad de muerte masculina por encima del doble de la femenina. Así, por ejemplo, a los 19 años esta tasa llega a ser de 3,78 y aún a los 23 alcanza su punto máximo siendo de 4,38. Estos datos hablan por sí mismos y nos empujan a pensar que si tenemos que preocuparnos por los efectos de las identificaciones masculinas en la vida de los varones en general, en el caso de los varones jóvenes resulta acuciante preguntarse por ellos.



En las próximas páginas presentaré una serie de herramientas conceptuales construidas desde los estudios de las masculinidades que pueden ayudar a comprender el porqué de esta distribución de casos, esto es, ayudar a reconocer cómo la masculinidad está operando en las vidas de los varones jóvenes. Principalmente pienso el caso de los varones que se auto-identifican como heterosexuales y que pertenecen a las clases socioeconómicas medias de nuestra sociedad, pero se verá cómo los efectos de sus identificaciones y las formas de llevarlas a cabo influyen en las mujeres y en otras formas de masculinidad contra-hegemónicas y subalternas. Para ello comenzaré con una reflexión más general sobre qué se agazapa detrás de la noción de masculinidad fondeando en la historia de su construcción cultural, a continuación me detendré en cómo y con qué especificidades sigue operando esta componenda en el caso de los varones jóvenes.

La masculinidad como modelo de identificación.

Las formas en las que llegamos a identificarnos con la masculinidad son resultado de un juego sutil en el que, como en un tejido, la urdimbre de hilos va constituyendo una maya que sirve, a la vez, para tapar y mostrar. Este es el punto de central de este artículo que piensa por medio de las teorías sociológicas de las masculinidades la incidencia de esta dinámica de identificación en el caso de los varones heterosexuales jóvenes, especialmente entre adolescentes.

Una definición o punto de partida de este tipo no es inocuo y conviene aclarar qué quiere resaltar antes de continuar. Quizás sorprenda que se asocie la masculinidad a la sutileza. Culturalmente lo masculino se identifica con lo rudo, con la agresividad, con la fuerza, con la potencia y la actividad. Incluso cuando se habla con varones que se piensan a sí mismos como masculinos estos sentidos están presentes en sus discursos en torno a su género. Ahora bien, y aquí es donde reside la paradoja, estos sentidos pocas veces se movilizan para hablar de uno mismo aunque sirvan para hablar de los *otros*.

En este sentido, la masculinidad puede entenderse como la construcción de un vacío. Absolutamente presente en nuestras vidas cotidianas, siempre activa en las múltiples interacciones en las que vamos construyendo nuestras relaciones de género; la masculinidad se revuelve escurridiza cuando se intenta hablar por sí misma. En diferentes trabajos de investigación en los que me he preocupado por las masculinidades contemporáneas esta vacuidad se ha convertido en una constante. Pese a que los varones con los que he hablado no tenían problema para contarme cómo veían el cambio en las relaciones de género y en las posiciones sociales de las mujeres de sus entornos, incluso siendo capaces de relatar las consecuencias de estas transformaciones en su coti-

dianidad, cuando les preguntaba por qué entendían que era eso que llamaban masculinidad me encontraba con caras de sorpresa y verdaderas dificultades para articular un discurso. Sirva de ejemplo el profundo asombro que expresaba un joven de 32 años en su respuesta:

“¿Qué definiría ser un hombre? Es que, es que no... [silencio]. Joder, te juro que es que jamás me hubiera..., me hubiera imaginado que me hicieran esa pregunta, ¿eh? [pausa]. Es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser..., de qué es ser un ser humano. O sea, no, no, nunca me he planteado qué es ser un hombre. No lo sé, no lo sé. No tengo el concepto ese de jefe de la caverna tampoco pero... de la taberna del bar, a lo mejor, sí [risas]. No lo sé, no sé qué es ser un hombre. O sea, sé qué es...” (Entrevista con varón de 32 años).

La masculinidad se convierte así en una categoría que habla o pretende hablar de los varones pero que ni estos son capaces de articular en sus discursos. Coraza que sirve de parapeto en tanto que se piensa como sinónimo de ‘ser humano’ y de la que se elimina cualquier especificidad o situación de privilegio. Por eso planteo que la masculinidad *tapa* como una vestimenta que cubre la piel. Aquí la desnudez no es tanto física –aunque en absoluto los cuerpos le sean ajenos– como social. Detrás del vacío desde el que se articula la marca de género masculina como la recogida más arriba se encuentra toda una lógica cultural que ha construido lo masculino como norma y así como sinónimo de una universalidad más pretendida que real.

La construcción histórica de la masculinidad.

Pensar las masculinidades contemporáneas es un ejercicio de desconstrucción de demasiados sentidos comúnmente aceptados. Las identidades de género, entre otras, se fraguan por medio de ejercicios de naturalización (Butler, 2001). Esto es, por medio de entender como naturales, esenciales y biológicos una serie de sentidos sociales. De este modo, lo *habitual* se entiende como prueba última de lo que se es en un juego de artificio en el que el efecto se esgrime como la causa.

Por ello, cuando pretendemos pensar los efectos que tiene la masculinidad sobre las vidas de los varones jóvenes y sus entornos es necesario detenerse, aunque sea brevemente, en la historia de este modelo de identificación. La raíz cultural de la masculinidad contemporánea en las sociedades occidentales se encuentra en el paso de las sociedades tradicionales a las modernas. Entre los siglos XV y XVIII se produjo una profunda transformación de las formas de vida en Europa (Elias, 1987). Ésta no sólo afectó a

la configuración de los Estados y a las relaciones políticas y económicas, quizá la parte más conocida de este cambio. También los modos de organización de lo cotidiano y aún de lo íntimo e identitario se vieron afectados. Nunca fue tan importante construir una idea del sí mismo como en este momento y así, como analiza Michel Foucault (2008, 1968), se puede reconocer un profundo cambio en las formas en las que se pensaba la naturaleza humana que termina por construir la noción de individuo como entidad independiente y claramente diferenciada de aquellos que le rodean.

La clave para entender esta transformación se encuentra en lo que Foucault denomina la *episteme moderna de la diferencia* (Foucault, 1968: 56 y ss.). La definición de la naturaleza de las cosas, y las personas, se establece por medio de esta nueva forma de entender el mundo y sus mecanismo a través de la divisoria con lo diferente, es decir, construyendo la frontera entre lo *Mismo* y lo *Diferente*, entre lo que es y aquello que no es idéntico. La aplicación de esta nueva lógica alcanza a los cuerpos y, con ellos, a las identidades de género de lleno.

Primero, de la mano de la ciencia médica moderna, que con su mirada atraviesa los cuerpos y los ordena en este plano de igualdades y diferencias; lo que atendiendo a los discursos en torno al género se traduce en toda una concepción de las identidades sexuadas en términos de lo uno y lo otro que termina por plantear un nuevo modo de entender los cuerpos y su significado o consecuencias para las subjetividades masculinas y femeninas. Como investiga Thomas Laqueur (1994), puede situarse el origen de un discurso de los sexos como opuestos complementarios en la aplicación de esta forma de conocimiento que impone una interpretación de la anatomía como prueba última del abismo que media entre ser varón o mujer. Hasta el siglo XV la medicina pensaba las diferencias sexuales como desarrollos disímiles de *una misma carne*, esto es, entendía que había una sola naturaleza humana con dos niveles de desarrollo. De hecho, se explicaban las diferencias genitales simplemente como dos estadios de las gónadas genitales; lo que en un varón estaba plenamente madurado y, por tanto, desplegado hacia el exterior, en las mujeres podía reconocerse en un estado de maduración anterior y replegado hacia el abdomen. Esto justifica que hasta esa fecha los nombres técnicos de la anatomía genital fueran los mismos para ambos sexos ya que en el conducto vaginal se veía un glande invertido o en los ovarios un trasunto de los testículos, por poner un par de ejemplos. Con el Renacimiento, el conocimiento médico avanza asumiendo la nueva forma de definición del mundo por medio de dicotomías y diferenciaciones entre lo uno y lo otro. Los cuerpos son así resignificados, en un largo proceso que culmina ya entrado el siglo XVIII, como receptáculos de dos naturalezas separadas por un abismo. Lejos de las analogías físicas del periodo

anterior, la anatomía moderna va a encontrar en su observación minuciosa de los cuerpos y sus formas la prueba definitiva de que un varón y una mujer son *naturalmente* diferentes. Frente a esa explicación de los sexos como puntos en una escala jerárquica, se afianza la creencia de que un varón es absolutamente diferente a una mujer, sus cuerpos son polos de una dicotomía y así “un fundamento sólido, un *locus* causal, para el significado del hombre y la mujer” (Laqueur, 1994: 281). Se instaura así lo que Laqueur denomina la *dicotomía de la inconmensurabilidad* por la que es la biología la que da cuenta de nuestras diferencias y nos ordena en torno a dos polos suponiendo sus puntos intermedios en un eje horizontal como un conjunto vacío (Laqueur, 1994: 256). Para lo que aquí nos interesa, una operación intelectual de este tipo es el origen de la masculinidad tal y como la entendemos hoy, al menos en los discursos sociales más extendidos y acríticos, como algo que define a todos los varones por el mero hecho de compartir una naturaleza corporal o, dicho en otros términos, un desarrollo biológico y anatómico.

Pero esta nueva forma de entender los asuntos humanos no sólo empapa el conocimiento médico. También el conocimiento social, tanto científico como lego, está imbuido de esta apreciación dicotómica de la realidad, en general, y de los cuerpos y las identidades sexuadas que se desprenden de ellos, en particular. La lógica de la identidad que describía Foucault con la tensión entre lo *Mismo* y lo *Diferente* se materializa aquí en el pensamiento estereotípico. El estereotipo es una estética (Mosse, 2000: 24) que hace lo abstracto concreto. El estereotipo rearticula la dicotomía como forma de acercamiento a la realidad, estabilizando así las identidades en una lógica de lo uno y lo otro. Como explica Fernández-Llebrez, el estereotipo “supone un proceso de homogenización nada despreciable que identifica [para el caso de la masculinidad] a los hombres con un patrón único. Así, un estereotipo no sólo fija, ya que es invariable, sino que también, como la propia palabra expresa, tipifica” (Fernández-Llebrez, 2004: 30). Que la masculinidad sea tamizada por este pensamiento del estereotipo tiene implicaciones al menos en dos líneas que aquí pueden ayudar a entender cómo se construye a día de hoy la hombría en tanto que categoría social y de subjetivación.

Por una parte, el estereotipo moderno de la masculinidad contribuye a cargar de contenido específico el modelo, precisa los ejes en los que se compone la diferencia de género y así prescribe sobre la subjetividad masculina apropiada. Como explica Mosse (2000) en su análisis de la estabilización de este estereotipo de la masculinidad en Europa en el siglo XIX y primera mitad del XX, con el trabajo de tipificación de este modelo, por primera vez en la historia europea, se puede reconocer un estándar unitario de lo que implica ser hombre. Por supuesto, en el medioevo y con anterioridad había discursos que prescribían formas adecuadas de ser

para los varones, pero estos modelos eran múltiples y estaban segmentados por estatus y para los diferentes estamentos. Ahora la masculinidad ideal es una y puede tenerse o no. En la modernidad europea, la masculinidad se entiende como única y se considera atada a la especificidad del cuerpo masculino. En cierto modo, el estereotipo recoge el trabajo de la ciencia médica y lo lleva más allá revistiéndolo de valores sociales (1). Lo que hasta este momento era disperso, queda ahora unificado; y así, por medio de una traducción de la idea del honor masculino que se recoge del modelo del hidalgo medieval, se prescribe un ideal de masculinidad basado en la responsabilidad y el autocontrol como trasuntos de este honor para el contexto de las recién estrenadas democracias europeas. El contenido de la masculinidad contemporánea se termina de precisar por medio del trabajo propio del estereotipo, esto es, por medio de la división entre lo uno y lo otro. La potencia del pensamiento estereotípico es que establece categorías claras que ordenan, en este caso, las identidades en relaciones de dentro/fuera (Fuss, 1999). Se puede ser o no ser masculino, no caben más opciones. Y así, la verdadera fuerza del estereotipo es su énfasis en la definición de la frontera. Más que explicar qué es masculino, el estereotipo señala aquellos puntos en los que la masculinidad se pierde, marca como diferentes a todos y, especialmente, a todas las que no lo son. Ser un *verdadero hombre* será no ser femenino ni afeminado, será no ser un niño o infantil, será no ser no europeo o tener una *raza* diferente a la blanca, será no ser demasiado sexual ni demasiado poco... En este sentido, la masculinidad se convierte en un ejercicio de oposición continua. Esto tiene dos implicaciones. La primera es que la virilidad se convierte en un *plus*, en algo que hay que conseguir y mantener ya que puede perderse de salirse de los estrechos límites del estereotipo (Sau, 2000). La segunda es que los sentidos específicos que definen la masculinidad se consolidan por medio de un ejercicio de exclusión entre lo que se considera propio de la naturaleza masculina y aquello que no lo es. De este modo, la masculinidad será activa frente a la pasividad propia de la feminidad; la masculinidad será autónoma frente a la heteronomía o dependencia de los no adultos, las mujeres y quienes ocupan posiciones subalternas; será ser racional frente a la emoción femenina. Estos ejes son luego traducidos en capacidades y actitudes específicas y así, por poner algunos ejemplos, podemos ver como la presión masculina por el control de lo propio tiene mucho que ver con esa necesidad de autonomía, también como la agresividad masculina hunde sus raíces en esa propensión a la acción para diferenciarse de la feminidad, o como la presión por el éxito y la competitividad que la acompaña tienen mucho que ver con no sentirse en una posición subalterna.

Pero el trabajo del estereotipo no sólo se queda en este nivel de la subjetividad y la prescripción de un modelo de identificación. Por otra parte, la instauración del modelo de masculinidad tiene

(1)

En cierto modo no puede hablarse en puridad de un plano médico y otro social. Las concepciones en torno a la biología siempre están trufadas y consuetudinadas desde los sentidos sociales que establecen esa misma diferencia. Como plantea Laqueur, el género es previo al sexo. Si aquí los separo es por razones expositivas y porque quiero resaltar determinados elementos de este proceso. Para un análisis en profundidad de esta fertilización cruzada, véase Laqueur (1994)

mucho que ver con la consolidación de un modelo social de las relaciones de género. Como planteaba, la masculinidad moderna nace de la unificación de una serie de discursos dispersos en torno a un ideal ajustado a las necesidades de la sociedad democrática burguesa. En este sentido, podemos ver en la masculinidad una categoría política (Whitehead, 2002). El ideal masculino va a recoger los valores de la ciudadanía democrática y se los va a apropiarse en términos de género (2). La consecuencia de este ejercicio es que la masculinidad se va diluyendo mientras el resto de las categorías que se ordenan como sus afueras van apareciendo como identidades marcadas. Y así como lo blanco es el término neutro de la negritud de los otros, la masculinidad queda transparente (García García, 2003) frente a la marca de género que recae, en primer término, sobre las mujeres. Esta transparencia es un ejercicio político en tanto que permite mantener sin posible cuestión los privilegios masculinos en el acceso a derechos y libertades (Lugones, 1999). Pero además es la base de esa vacuidad que sorprende en los discursos que los varones siguen manteniendo actualmente y de los que recogía un ejemplo en el inicio de este artículo. La masculinidad queda así asimilada al universal, la masculinidad es ese vacío que hace de un varón un ser genérico, un ser sin marca de género ni de otro tipo.

La masculinidad como exposición.

La pregunta por la masculinidad en poblaciones jóvenes nos lleva entonces a cuestionarnos por la pervivencia de este modelo de masculinidad en la actualidad. Por tanto, detrás de esta preocupación hay, al menos, dos puntos que, si bien no son independientes, nos demandan avanzar en dos líneas. Uno tiene que ver con los procesos de transformación de este modelo en nuestra coyuntura histórica, el otro dirige nuestra mirada a los modos en los que la masculinidad es encarnada o asumida por los varones concretos. Comenzaré por este segundo punto para después volver sobre las diatribas contemporáneas de la masculinidad.

Comenzaba este artículo proponiendo una primera entrada a la masculinidad considerándola como una categoría de identificación que despliega un juego paradójico de visibilidad. Por una parte, la masculinidad se puede entender como un mecanismo de elisión de la marca de género, esto es, un modelo que produce subjetividades parciales incapaces de apreciar su especificidad, que hace de la masculinidad un elemento transparente para aquellos que la encarnan. En definitiva, una categoría que *tapa* el género de una posición social. Pero, por otra parte, señalaba que la masculinidad es un determinado modo de mostrarse en lo social. La masculinidad, dicho de modo directo, es una demostración. El aparente vacío en el que se enroca hace que la consecución de hombría sea un proceso siempre en suspenso y,

(2)

Es posible, por ejemplo, rastrear en el pensamiento de autores clave en la estabilización de las formas de políticas contemporáneas como Rousseau o Locke el peso que dieron a esta diferencia y cómo la movilizan para justificar la exclusión de las mujeres de la recién estrenada ciudadanía democrática. En este punto no podemos detenernos en el análisis de este interesante maridaje y sus profundas consecuencias en nuestra cultura social y política, para un análisis de este proceso véase, por ejemplo, Seidler (2000).

por tanto, siempre activo. Dado que la masculinidad es producto de un efecto de frontera, es decir, de dejar claro que no se está allí donde no se debe, que no se es femenino, pasivo o subalterno; la hombría se convierte en un trabajo continuo y que nunca termina. La masculinidad exige pruebas constantes, y el vacío en el que se teje se convierte en la mayor fuente de peligro y amenaza, pues no demostrarla en un momento dado puede hacernos menos masculinos a los ojos de quienes nos rodean.

En este sentido, la masculinidad se convierte en un logro precario e implica toda una dinámica psicosocial que se establece ya desde los inicios de la socialización durante los primeros años de vida. La masculinidad –como la femineidad– se incorpora en el corazón de la mismidad desde los primeros años de vida. Nos pensamos desde muy pronto como seres con género. Si atendemos al proceso por el que constituimos nuestras subjetividades, encontramos que varones y mujeres siguen itinerarios divergentes en este desarrollo. Y como es de esperar, para el caso masculino, parte de la dinámica de identificación hunde sus raíces en el propio ideal de la masculinidad y la lógica de lo uno y lo otro que éste despliega.

El análisis, ya clásico dentro de los enfoques psicoanalíticos feministas, de Nancy Chodorow (1984) sobre las relaciones pre-edípicas aporta pistas para comprender esta vinculación entre el modelo y las subjetividades. Observando las relaciones que se establecen entre el bebé y la persona encargada de los primeros cuidados –generalmente la madre (3)–, Chodorow encuentra que, mientras la madre establece una relación de simbiosis más fuerte con la niña al ver en ella una prolongación de su propio *self*, con el niño se intenta producir una ruptura que lo aboque a una identidad adulta independiente y autónoma. Puede resonar esta presión sobre el varoncito en la preocupación explícita por un “enmadramiento” o “estar pegado a las faldas” en el niño, lo que pocas veces se dice de una niña. Como resultado de ello, “[l]as niñas, entonces, parecen experimentarse a sí mismas como el *self* de la fantasía de la madre; los niños, en cambio, como lo otro” (Chodorow, 1984: 158). El niño es impelido a ser sujeto de deseo y exigencia, pero además en este proceso se resume la lógica de la masculinidad moderna cuando al niño se le exprese de mil modos que para ser un varón “no puede ser” como la madre. La individualidad masculina emerge así en un proceso en el que la premisa es “ser no siendo como”, en el que se instala una estrategia de identificación en negativo. Se reproduce así en el plano de la subjetividad lo que plantea el modelo ideal de la hombría: en el centro de nuestro desarrollo identitario se instaura el miedo a ser vistos como aquello que precisamente reconocemos como *Otredad* y, como resultado, la masculinidad es ese vacío de marcas o especificidades que hay que demostrar continuamente.

(3)

Lejos de esencializar la posición de la madre y su relación con el niño, el análisis de Chodorow se detienen en deconstruir la figura de las mujeres como cuidadoras. Si hablamos de este vínculo primero entre la madre y el niño es porque en nuestras sociedades se ha asignado a las mujeres genitoras la tarea de establecerlo, ahora bien, otras formas de organizar las tareas de cuidado de los bebés son posibles y en esa línea va parte del proyecto de esta autora.

Esta demostración, además, se dirigirá al resto de varones. En este mismo proceso en el que la masculinidad es construida como una negación se va interiorizando la jerarquía social que sitúa lo masculino y las posiciones masculinas como espacios de valor frente a lo femenino. Esto hace que el reconocimiento a la propia hombría se busque en los ojos de otros varones, y así esta construcción se dice que discurre, de modo especial, en entornos homosociales (4) (Kimmel, 1994). Esperamos que los demás hombres sean los que certifiquen nuestra hombría y frente a ellos es donde se dirime la correcta masculinidad. En este sentido, resuena la afirmación de Pierre Bourdieu cuando mantiene que la virilidad o la masculinidad apropiada es “un concepto eminentemente relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de miedo de lo femenino, y en primer lugar en sí mismo” (Bourdieu, 2000: 71).

Las implicaciones de una socialización de este tipo se dejan ver en determinadas actitudes que a día de hoy encontramos en las poblaciones masculinas. La falta de empatía o la mayor propensión a la violencia pueden verse como expresiones de esta dinámica psicosocial. También desde aquí podemos entender ciertos comportamientos colectivos que se dan entre varones jóvenes como puede ser la participación en casos de acoso escolar por parte de chicos que sería impensable que de modo individual se embarcaran en las atrocidades que se describen en las noticias sobre este tema. La presión del grupo de chicos como espacio primario en el que certificar la propia hombría sirve de acicate para este tipo de acciones que, en no pocos casos, se dirigen además a las personas que se salen de los parámetros de género más tradicionales (Pichardo, 2009).

(4)

La noción de homosociedad no niega sin embargo el peso que adoptan las relaciones con las mujeres en la construcción de la masculinidad. De hecho, en planos como la sexualidad o, en entornos tradicionales, el despliegue de la autoridad familiar se espera cierto reconocimiento de la contraparte femenina. Pero lo que expresa esta idea de homosociedad es que la importancia del éxito de estas interacciones con las mujeres se mide en términos de capital que puede mostrarse al resto de varones, a los que se ve como iguales y fuente del verdadero reconocimiento en este orden de cosas.

Abocados a dar pruebas constantes de su autonomía y de su masculinidad, los varones son presas de un circuito cerrado que conecta la demostración compulsiva con la humillación. Cualquier interacción aparece como una prueba y toda falla en quien se tiene enfrente aparece como una ocasión en la que demostrar por medio del rechazo la propia adecuación. De ahí que los varones sean presas de la humillación como consecuencia lógica de esta actitud; es imposible no fallar nunca o estar siempre al quite, sin embargo cualquier desviación de la masculinidad va a ser señalada por los otros varones en sus propios ejercicios de masculinización. Como plantea Chodorow (2003) esta tensión continua puede verse como el origen de la propensión masculina a la agresividad pues en el seno de la psicología de los varones se instala una especie de competición en la que el recurso a la violencia puede entenderse como una respuesta defensiva ante la eventual humillación (sea esta real o simplemente imaginada). En definitiva, la humillación es el reverso de la dinámica compulsiva que nombraba más arriba. La masculinidad es, a fin de cuentas, algo que hay que estar demostrando continuamente y, como explica

Tim Beneke (citado por Neff, 2001), esto termina por convertir a los varones en seres que compulsivamente dan pruebas de su virilidad incluso cuando no se le están pidiendo. El miedo a la indefinición o la fisura en una identificación de género que de precaria es casi un reflejo, hace que los varones heterosexuales estén verdaderamente comprometidos en sus formas de presentación social: comprometidos porque todo es una prueba de la que pueden no salir victoriosos, comprometidos porque en ello invierten cantidades ingentes de esfuerzo ya que esta presión les acompaña cotidianamente y parece necesario aprovechar cualquier ocasión.

En este sentido, he defendido que la masculinidad es un ejercicio de exposición (García García, 2004). La noción de exposición intenta señalar tanto la determinación como la capacidad de acción que atraviesa las identificaciones masculinas. La exposición nombra cómo construimos la hombría al estar expuestos a una serie de sentidos que nos llegan desde el modelo ideal y cómo tenemos que asumirlos. Nos exponemos así, por ejemplo, a una serie de riesgos ya que en ellos encontramos el lance que nos permite certificar nuestra hombría. Esto puede ayudarnos a explicar los datos de mortalidad con los que se abre este artículo (véase Gráfico 1); en tanto que los varones, en general, y los jóvenes, en particular, hacen de sus vidas una constante pugna por demostrar su hombría, no es de extrañar que la probabilidad de muerte sea más elevada para ellos que para sus congéneres femeninas. Pero la virilidad es además una exposición en sí misma. Por medio de nuestras acciones demostramos que somos como se espera que seamos. Y así, la masculinidad es una *performance* que se ofrece a los demás, una prueba en la que constantemente nos definimos y redefinimos. No sólo recibimos masculinidad, también la aportamos, la hacemos presente, la hacemos pública en nuestros modos de acercarnos a la interacción social. A fin de cuentas, y siguiendo este argumento, las formas de la hombría están siempre en cambio pues al depender de que los varones concretos la encarnen, su sentido y componendas van desplazándose y resignificándose de continuo.

De la masculinidad del honor a la masculinidad del orgullo.

Podemos entonces preguntarnos por cómo están cambiando las formas de esta exposición en nuestro país. ¿Qué ha pasado con el modelo moderno de la masculinidad? ¿Sigue activo en los mismos parámetros en los que fue estabilizado en el siglo XVIII? Creo que para cualquiera se hace evidente que la masculinidad ha cambiado y que los modos en los que se expresa hoy la hombría no son los mismos de los que imperaban hace unas décadas. Sin embargo, los puntos de unión y remanencias del modelo tradicional no son pocos y quizás esto sea lo que explica buena parte de las dinámicas que se reconocen hoy entre los varones jóvenes.

Las diatribas de la masculinidad contemporánea tienen mucho que ver con un profundo proceso de transformación de la hombría que adopta dimensiones globales (Connell, 2000). Uno de los vectores principales de este cambio, si no el más importante, se encuentra en lo que se ha llamado la crisis de las retóricas modernas en la modernidad tardía. La segunda mitad del siglo XX ha asistido a la puesta en duda y crítica de la lógica que se describía más arriba. La centralidad que adoptaron los varones heterosexuales de las clases medias occidentales unida a esa transparencia de sus privilegios ha sido puesta en duda, rebatida y contestada por una serie de movimientos sociales y políticos. Desde los movimientos feministas a los procesos de descolonización, pasando por la exigencia de reconocimiento de las minorías sexuales y, en general, todos los movimientos por los derechos civiles van haciendo visible la parcialidad, sexismo y exclusiones sobre las que se construye el mundo social contemporáneo. Y así, al hacer evidente el privilegio masculino, son los propios varones los que quedan en evidencia. La masculinidad se hace entonces problemática y, en muchas ocasiones, incómoda.

En el caso de nuestro país, estos procesos se han producido de forma condensada y acelerada, debido en gran parte, a que desde la transición y pensando en las identidades de género, la modernización aún incipiente empieza a mezclarse con la complejización propia de su crítica en la modernidad tardía (Casado, 2003). Si consideramos los modelos de masculinidad de los años sesenta y los comparamos con los que se estabilizan en torno a los noventa, lo que podemos ver es tanto la profundidad de este cambio como las conexiones que mantienen ambas componentes. De modo esquemático (véase Tabla 1), podemos resumir este desplazamiento en los modelos de hombría como el paso de una masculinidad trenzada desde la noción de honor a otra que se queda prendida de su expresión orgullosa (5).

Tabla 1. Dinámicas de masculinidad en España

MASCULINIDAD DEL HONOR	MASCULINIDAD DEL ORGULLO
Social	Expresiva
Dominación	Violencia
Control	Exceso
Transparencia apacible	Transparencia quebrada
Integrada	Confusa
	Fuente: elaboración propia

(5) Por razones de espacio y porque aquí nos separa de la línea argumental del presente artículo, no me detendré en los pormenores de estos modelos ni en los diferentes procesos por los que va cambiando. Para un análisis detallado de lo que aquí tan sólo se nombra puede verse García García (2009).

La masculinidad del honor conserva las trazas del ideal moderno de la masculinidad. Las posiciones masculinas sólo pueden entenderse como parte de un entramado social más amplio. Los varo-

nes son investidos con un aura de superioridad que corre pareja a una ordenación de las relaciones sociales en las que la autoridad y la responsabilidad sobre el funcionamiento del orden establecido es contado como principalmente masculino. Si se observa el modelo social del régimen franquista, esta posición se corresponde con la figura del *pater familias*. Tanto en la ordenación legal como en la organización de la vida cotidiana, el varón aparece como padre y cabeza de familia, de él dependen las decisiones que incumben al grupo familiar a su cargo y también a él se le pide el control de aquellos que están bajo su paraguas. La masculinidad es así el vértice de un sistema de dominación patriarcal, con lo que ello conlleva; es decir, aunque hoy nos resulte grosero un modelo social de este tipo y señalemos la injusticia sobre la que se sustenta, la autoridad del varón en el modelo de la masculinidad del honor se presupone y respeta. Esta autoridad será el origen de su función social. De él dependerá la corrección de aquellos (y especialmente aquellas) que están a su cargo, será su responsabilidad el controlar que nadie se salga de las pautas sociales establecidas (6). En este sentido ha de entenderse esa noción de honor que tiene mucho que ver con la reputación social; la masculinidad demostrará su pátina al exponer su capacidad control sobre los demás, al hacer valer su autoridad para el bien colectivo. La masculinidad es una posición de privilegio, pero a su vez, lo es de responsabilidad con el grupo social. En definitiva, lo que se desprende de un modelo de este tipo es un momento en el que la masculinidad moderna está perfectamente integrada en lo social y donde, por tanto, la transparencia del privilegio masculino permanece incuestionada.

Un modelo de este tipo es impensable a día de hoy. En sociedades como la nuestra, el principio de igualdad se ha convertido en un valor social por sí mismo, queremos vivir en sociedades igualitarias y la exclusión de las mujeres de la vida pública es insostenible. Tampoco la autoridad de la figura paterna cuenta con el mismo reconocimiento. Vivimos en sociedades donde la libertad individual se considera un principio fundamental, por lo que esa función social de control tampoco es congruente con las actuales circunstancias. Las masculinidades, como las feminidades, se desplazan, por tanto, hacia nuevas componendas.

Ahora bien, mientras que para el caso de las mujeres hemos visto como irrumpían esos modelos emergentes y se estabilizaba un abanico de posibilidades o modelos a la hora de encarnar la feminidad (Casado, 2003); en el caso de las masculinidades el panorama es bien diferente. Los varones asisten, con mayor o menor perplejidad, con más o menos resistencias, al cambio de las mujeres con las que comparten el día a día; pero sus transformaciones son mucho más lentas y tímidas. No podemos decir que haya para los varones una pluralidad de modelos disponibles, el modelo masculinidad sigue siendo el que era aunque es cierto que

(6)

No faltan los ejemplos que muestran como este modelo atraviesa la España franquista. Quizás uno de los más claros es el que nos dejan las regulaciones legales de la época. Las mujeres necesitaban de la autorización del varón al cargo (primero el padre y después el esposo) para hacer casi cualquier cosa en el espacio público, desde las transacciones económicas hasta un viaje sin compañía masculina exigían la pertinente autorización masculina.

ahora los varones se acercan a él desde una pluralidad de encarnaciones.

La masculinidad resulta incómoda. Por una parte, los varones están confusos ante esta nueva realidad. Los gestos más tradicionales de la masculinidad les resultan groseros, ajenos. Son capaces de señalarlos pero difícilmente se encuentran en ellos, más bien resultan rasgos de los que separarse:

“...planteándome qué es eso de la masculinidad, o sea, el ir con la camisa abierta, sacando pelo en pecho, pegarle un bofetón a tu mujer, ¿qué es eso? O sea, creo que existe una masculinidad, lo que pasa que hay que redefinirla o hay que definirla a cada persona, no sé...” (Entrevista con varón de 30 años).

En discursos como éste lo que se aprecia es precisamente esa inoperancia de las formas en las que se condensó el antiguo ideal que queda así reducido a su esperpento. Pero lo interesante de intervenciones como la recogida es que esta separación se contrapone a un proceso de cambio en el que no se termina de ver el punto de llegada. Los varones no tienen un modelo con el que identificarse ajustado a la vida que dicen querer llevar.

Por otra, los varones expresan sentirse amenazados en su masculinidad. El rápido cambio que se ha producido en las relaciones de género y, especialmente, en las posiciones que ocupan las mujeres, hace que vean a sus congéneres femeninas, incluso a sus compañeras y parejas, como una fuente de amenaza. Con la co-rraza de la masculinidad maltrecha, ante la imposibilidad de enro-rcarse en las antiguas posiciones de poder incontestado, los varones, más que nunca, “se la juegan en las distancias cortas”, se enfrentan a ese miedo que tan bien funcionó como eslogan publicitario:

“Yo creo que mejora más para la mujer que para el hombre, porque yo creo que el hombre ahí [en la sexualidad] *se siente más amenazado*, y eso yo creo que sigue existiendo [...] lo que pasa que antes como tenía una posición de poder, sobre todo económico, pues la posición era diferente, o sea, es decir, el hombre no lo vivía porque no daba pie a que eso se viviera” (Entrevista con varón de 27 años).

Lo que este entrevistado cuenta pensando en la sexualidad se convierte en una constante en esas dinámicas de exposición que repasaba más arriba. La presión por demostrar la correcta masculinidad sigue ahí, pero los circuitos por los que discurre son bien diferentes. Las mujeres son ahora sujetos con los que se establecen relaciones más equitativas y equilibradas, personas a las que,

al menos en teoría, se las trata como iguales; además, ni los viejos gestos de la masculinidad ni recurrir a las posiciones de poder sirven ya como parapetos. La transparencia que antes era apacible ahora más bien se presenta quebrada. La masculinidad resulta un envoltorio hasta cierto punto dúctil por lo que no notamos su abrazo que, ahora, en el momento de su revisión y deconstrucción, cuando intentamos traspasar su película, se nos hace evidente en su materialidad. La masculinidad se hace dura e inmoviliza; lo transparente, como el cristal, recuerda que está ahí aunque sea por medio del topetazo.

¿Cómo se relacionan los varones con esta nueva dinámica masculina? Como planteaba más arriba, las respuestas son múltiples y los modos en los que los varones están haciéndose cargo de la hombría nos permiten hablar de una pluralidad de masculinidades vividas. Algunos construyen identidad por medio de separarse del modelo, otros convierten esta confusión trufada de sentimientos de amenaza en una dificultad para relacionarse con su entorno, aún otros se aferran de forma tozuda al modelo de masculinidad disponible y caduco para exaltar su *performance*. Por medio de mis investigaciones no es posible cuantificar el peso de cada uno de estos grupos, pero el tercero, más allá de su peso estadístico, puede servir de paradigma desde el que pensar qué está pasando en torno a la masculinidad.

En contraposición al modelo del honor, es posible reconocer en estas dinámicas una masculinidad del orgullo. Desprovista de toda función social, la masculinidad se queda en su pura expresión. No hay responsabilidad, tampoco un control basado en un orden social. La exposición de esta masculinidad se hace excesiva y se queda en sus formas sin asumir sus valores. Así, si el modelo de la masculinidad del honor nos resulta inapropiado porque no queremos una sociedad sexista como la que presidía, una masculinidad del orgullo no sólo no ayuda a unas relaciones de género más equitativas sino que rescata el carácter compulsivo de la encarnación masculina y la lleva a cotas insospechadas. Donde el control aseguraba un orden social, ahora encontramos una exacerbación masculina que se materializa en el exceso en todos los planos: consumismo desaforado, competitividad sin tregua, agresividad gratuita...Tomando prestadas las palabras de Marina Subirats, las “fuerzas desarrolladas para la lucha por la vida han acabado así empleadas para la lucha por sí misma, carente de cualquier otro fin que el de escenificar el enfrentamiento. Y el de colmar, con ello, el gusto masculino por la pelea” (Castells y Subirats, 2007: 86).

Los circuitos de la hipermasculinidad entre varones jóvenes.

Considerar este modelo de la masculinidad del orgullo resulta productivo para pensar los desarrollos de la masculinidad entre poblaciones jóvenes. El paso de la infancia a la edad adulta está atravesado por toda una revisión de nuestras identificaciones. Para hablar de ellas, Erik Erikson (1974) utiliza el término de crisis de identidad. Resumiendo su propuesta, Erikson mantiene que la identidad es fruto de un proceso continuo de revisión y separa el desarrollo madurativo en diferentes etapas en las que estas crisis identitarias se resuelve en torno a distintos logros. Este autor plantea que entre el comienzo de la adolescencia y la entrada a la vida adulta, las personas pasamos un periodo de profunda revisión en el que volvemos sobre las distintas crisis anteriores y de la que saldremos bien con una identidad integrada bien presas de la confusión de roles. Lo que apunta Erikson es que la adolescencia y primera juventud son momentos calientes en la consecución de identidad y que en ellos vamos incorporándonos al mundo adulto asumiendo diferentes roles. En línea con esta teoría, y pensando el caso concreto de la masculinidad, podemos reconocer una exaltación masculina en este periodo como efecto de la falta de modelos alternativos de hombría y la necesidad de reafirmación en sus identificaciones de género de los varones jóvenes.

Para atender a una realidad de este tipo resulta productivo rescatar el concepto de hipermasculinidad. La noción de hipermasculinidad surge en textos psicológicos para nombrar la exacerbación de determinadas características asociadas a una masculinidad en cierto modo desbocada. La violencia, el sexismo asociado a actitudes machistas o la demostración compulsiva de los gestos más toscos de la masculinidad estarían recogidos por esta noción. En los textos psicológicos se atienden como rasgos de carácter y se considera en clave individual. No me interesa aquí tanto este enfoque como su aplicación sociológica. En este campo, aportan buenas pistas los trabajos de autores norteamericanos que analizan esta exacerbación de ciertas características de la masculinidad en poblaciones afroamericanas como vehículos de reafirmación identitaria. Como analiza Herman Gray (1995), desde las grandes figuras negras del jazz de la segunda mitad del siglo XX hasta los cantantes de la actual escena hip-hop, pueden encontrarse ejemplos en los que esta hipermasculinidad juega como elemento desestabilizador de la construcción hegemónica de la masculinidad blanca. La hipermasculinidad representada por estos músicos, a la vez que reproduce gestos de la autoridad patriarcal propios de la masculinidad moderna, constituye un desafío al llevarlos a su extremo (Gray, 1995: 401).

Al incorporar esta noción al análisis de las masculinidades adolescentes y jóvenes podemos avanzar varias cuestiones importantes

para comprender los mecanismos de la hombría en la actualidad. En primer lugar, y como hemos visto, este concepto puede colaborar, a precisar los modos en los que la masculinidad afecta a la vida de los varones jóvenes que la asumen, especialmente de aquellos que se autoidentifican como heterosexuales; pero además ayuda a pensar las consecuencias que este modelo de identificación tiene sobre los entornos próximos de estos chicos.

Considerar las expresiones de la hombría adolescente como efectos de la hipermasculinidad puede ser una herramienta útil para profundizar en estas nuevas formas de exacerbación orgullosa. Cuando los jóvenes actuales intentan hacerse con hombría, el único referente que tienen disponible sigue siendo el modelo tradicional de masculinidad tamizado por la dinámica del orgullo. Y ahí es donde la compulsión masculina se dispara, pues encontramos a unos jóvenes en pleno proceso de reafirmación que además se encuentran ante un modelo de hombría construido desde el exceso y la pura expresión. Una hipótesis de este tipo ayuda a explicar por qué en entre los 14 y los 30 años la probabilidad o riesgo de muerte se dispara (véase Gráfico 1) hasta triplicar y cuadruplicar la tasa femenina. Si la compulsión acompaña a los varones en el mantenimiento de sus identificaciones masculinas a lo largo de su vida, en este periodo adopta una importancia capital. Entonces, los riesgos que se asumen, los lances que se aceptan, se multiplican y proliferan. Los jóvenes adolescentes exponen su masculinidad como un desafío, se reafirman por medio de ella y, lo que es más problemático, encuentran cierto eco en la sociedad general ya que ésta sigue sin resolver cómo gestionar las identificaciones masculinas.

Pero además, desde la noción de hipermasculinidad podemos pensar los efectos de este tipo de identificaciones para sus entornos próximos. La necesidad de reconocimiento exterior y, por tanto, de demostración de la propia hombría bien puede estar jugando un papel central en muchos de los casos de acoso escolar que se están produciendo en nuestro país. Por una parte, el acoso a algún compañero ya es de por sí una ocasión para desplegar esta reafirmación continua que exige la masculinidad. Pero además, los estudios especializados, señalan cómo la diversidad sexual o cualquier deriva de los patrones de género más tradicionales son una de las principales causas por las que un grupo de adolescentes despliega su acoso. Como señala Michael Kimmel (1994), la masculinidad y su desarrollo está fuertemente vinculada con la homofobia que impera en las sociedades occidentales. Dado que la masculinidad ha de probarse de continuo, señalar y mostrar rechazo hacia aquellas personas o actitudes que se salen de la heteronormatividad son mecanismos especialmente útiles en la demostración de la propia hombría. En este sentido apuntan las conclusiones de un reciente estudio sobre homofobia en centros educativos españoles (Pichardo, 2009),

donde las tasas de acoso declarado por los participantes homosexuales en el estudio triplica y llega a cuadruplicar el de sus compañeros heterosexuales. Confirma esta interpretación la afirmación de uno de los participantes en el estudio que plantea que “despreciar a los gays te hace más macho” (Pichardo, 2009: 84). Hipermasculinidad y sexismo quedan así anudadas lo que sin duda aún hace más urgente atender a estos procesos de identificación y pensar sus consecuencias.

Conclusiones

La masculinidad, éste era el punto del que partía este texto, es un mecanismo de identificación que tapa y muestra. Que esconde la parcialidad de la hombría y así sus privilegios. Que funciona como una estrategia de demostración que impone sus reglas y que se configura como presión para los varones que entran a su dinámica. Conocer los derroteros por los que avanza la virilidad en nuestras sociedades nos puede ayudar a dar con diagnósticos más apropiados de los problemas, relacionales e identitarios, que ésta entraña.

Al introducir la noción de hipermasculinidad podemos atender a las formas que adopta esta demostración compulsiva entre poblaciones jóvenes en el momento de la dinámica masculina del orgullo. Y ahí comprender las consecuencias que tiene esta masculinidad exacerbada para aquellos que la adoptan y para quienes se encuentran en sus entornos. En este sentido, las herramientas conceptuales que se han presentado en este artículo necesitan de investigación aplicada que las atienda de modo específico. Ésta es, sin duda, la principal conclusión a la que llego con esta reflexión. Tenemos que atender a las masculinidades jóvenes con mayor ahínco porque está claro que entre las cohortes de adolescentes y jóvenes ésta está activa de un modo específico y más sangrante que en la población general.

Pero además, porque al pensar los circuitos de la hipermasculinidad estamos introduciéndonos en los entresijos del género en nuestra sociedad en general. Decía más arriba que la hipermasculinidad supone un desafío. Tenemos que preguntarnos qué están desafiando estos jóvenes y, sobre todo, por qué socialmente no hemos articulado herramientas suficientes para contrarrestarlo. A fin de cuentas, cuando adolescentes y jóvenes hacen de los gestos más burdos y demostrativos de la masculinidad tradicional parte de su repertorio de actitudes y poses, están señalando que algo está fallando en el modelo de relaciones de género igualitario que consideramos apropiado para nuestra sociedad. Siguen presas de los parámetros del ideal moderno de hombría y, así, nos señalan que nuestra sociedad como conjunto también sigue ahí.

Referencias bibliográficas.

- Butler, Judith** (2001). *El género en disputa*, Paidós, México D.F.
- Casado Aparicio, Elena** (2003). "La resignificación del género en tiempos de lo -post", *Foro Interno*, N° 3.
- Castells, Manuel y Subirats, Marina** (2007). *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?*, Alianza, Madrid.
- Chodorow, Nancy** (2002). "The enemy outside: thoughts on the psychodynamics of extreme violence with special attention to men and masculinity", en Gardiner, Judith K. (ed.). *Masculinity Studies and Feminist Theory. New Directions*, Columbia University Press, New York.
- Chodorow, Nancy** (1984). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la Maternidad y Paternidad en la Crianza de los Hijos*, Gedisa, Barcelona.
- Connell, Robert** (2000). *The Men and the Boys*, Polity Press, Cambridge.
- Elias, Norbert** (1987). *El proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Erikson, Erik H.** (1974). *Identidad, Juventud y Crisis*, Paidós, Buenos Aires.
- Fernández-Lliebrez, Fernando** (2004). "¿"Hombres de verdad"? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía", *Foro Interno*, N° 4.
- Foucault, Michel** (2008). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid.
- Foucault, Michel** (1968). *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Madrid y México D.F.
- Fuss, Diane** (1999). "Dentro/Fuera", en Carbonell, Neus y Torras, María Ángeles. (comps.). *Feminismos literarios*, Arco, Madrid.
- García García, Antonio Agustín** (2009). *Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid. <http://eprints.ucm.es/9537/>
- García García, Antonio Agustín** (2004). "De la posición a la exposición. Procesos identitarios de varones gitanos en España", *International Journal of Iberian Studies*, vol. 17, N°1.
- García García, Antonio Agustín** (2003). "De las identidades masculinas como juegos de transparencia", *Inguruak*, N° 37.
- Gray, Herman** (1995). "Black masculinity and visual culture", *Callaloo*, vol. 18.2.
- Kimmel, Michael S.** (1994). "Masculinity as Homophobia. Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity", en Brod, Harry y Kaufman, Michael (eds.). *Theorizing Masculinities*, Sage, Thousand Oaks, London & New Delhi.
- Laqueur, Thomas** (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Cátedra, Madrid.
- Lugones, M.** (1999). "Pureza, impureza y separación", en Carbonell, Neus y Torras, María Ángeles (comp.) *Feminismos literarios*, Arco, Madrid.

- Mosse, George L.** (2000). *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Talasa, Madrid.
- Neff, JoAnne** (2001). "Cuando Darth Vader sustituye al falo: la masculinidad como deseo reprimido", en Sánchez-Palencia, Carolina y Hidalgo, Juan Carlos (eds.), *Masculino plural*, Universitat de Lleida, Lleida.
- Pichardo Galán, José Ignacio** (ed.) (2009). *Adolescentes ante la diversidad sexual*, Catarata, Madrid.
- Sau, Victoria** (2000). "De la facultad de ver al derecho de mirar", en Segarra, Marta y Carabí, Àngels (eds.). *Nuevas masculinidades*, Icaria, Barcelona.
- Seidler, Victor J.** (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, Paidós, México D.F.
- Whitehead, Stephen M.** (2002). *Men and Masculinities*, Polity Press, Cambridge.